

## DIVERSIDAD LINGÜÍSTICA DE MÉXICO. UN PATRIMONIO POCO VALORADO<sup>1</sup>

**Frida Villavicencio.** Doctora en lingüística por El Colegio de México. Se interesa en el estudio del lenguaje desde un marco que reconoce la estrecha relación entre lengua, cultura y sociedad. Ha tratado fenómenos morfológicos y sintácticos desde una perspectiva diacrónica con especial atención a las lenguas minoritarias. Desarrolla una intensa labor historiográfica de las fuentes. Entre sus publicaciones recientes se cuentan: “Predicación nominal en purépecha y español”; “La denominación de un pueblo. Una relación entre lenguaje y poder”; “Definiciones de niños purépechas. Una primera aproximación”; “El Dictionarito en lengua de Michuacan [1574] ¿Primer calepino novohispano?”; *P’orhépecha kaso siratahenkwa. Desarrollo del sistema de casos del purépecha* (en colab. con Beatriz Rodríguez (coord.), y *Sapichueri uantakua. La palabra de los niños*.

### DIVERSIDAD Y GLOBALIZACIÓN

La globalización se ha señalado como uno de los procesos que tiende a homogeneizar a los seres humanos y a sus sociedades. Los modernos medios de transporte y las tecnologías de información y comunicación en constante desarrollo ponen a nuestro alcance el mundo entero; en segundos, podemos estar informados de los que sucede al otro lado del planeta e incluso ser partícipes de ello. Paradójicamente, uno de los efectos más notorios de este fenómeno ha sido hacer visible la diversidad que nos caracteriza; al potenciar la interacción entre los diferentes pueblos del mundo, se multiplican también los contactos culturales y con ello el reconocimiento de los otros.

<sup>1</sup> Este artículo constituye una versión actualizada de “Diversidad lingüística, patrimonio de México” que apareció publicado en *Resistencia y alternativas. Memoria del Foro Internacional realizado en la ciudad de México del 2 al 21 de mayo de 2005*, México, Gobierno del Distrito Federal en Tlalpan. Dirección General de Desarrollo Social. Dirección de Cultura, 2006, pp. 182-191.

Si reconocemos como cultura los modos de vida, los sistemas de valores y las tradiciones de un grupo o sociedad, podemos decir que los hombres y mujeres que habitamos el planeta procedemos de, y vivimos en culturas diversas. Diversa es nuestra manera de vestir y de hablar, de relacionarnos con los demás, de trabajar y producir; en fin, de entender el mundo. Dicha diversidad se refleja en todos y cada uno de los aspectos de nuestra vida cotidiana desde las más simples hasta las que conllevan un alto grado de ritualidad: la lengua que hablamos y el sentido del humor con el que nos identificamos, la comida que acostumbramos preparar y ofrecer a propios y extraños, los códigos jurídicos que rigen nuestra vida y que norman la convivencia en sociedad, las prácticas de salud a las que estamos sujetos y los remedios curativos que se transmiten de generación en generación, la educación que damos a nuestros niños y jóvenes y la manera de enterrar a nuestros muertos.

Al ser humano le ha costado tiempo y esfuerzo reconocer que la diversidad cultural más que una desventaja es algo que lo enriquece, y que dicha diversidad, lejos de amenazar la unidad nacional fortalece la identidad de los pueblos. Desde esta perspectiva, México es un país particularmente afortunado ya que posee una amplia diversidad cultural; sin embargo, no fue sino hasta 1992 que se reformó el artículo 4° de nuestra Constitución Política para reconocer la pluralidad de la nación sustentada en los pueblos originarios.

Uno de los ámbitos en los que la diversidad se manifiesta más claramente es en el número de lenguas originarias que se hablan en este país; me refiero concretamente a las lenguas que ya se hablaban en nuestro territorio antes de la llegada de los españoles. Nuestro país es uno de los que albergan mayor diversidad lingüística en el mundo, se encuentra entre los ocho países en los que se concentra la mitad de las lenguas habladas en el orbe (CDI); sin embargo, esta riqueza que aún no ha sido suficientemente apreciada merma día con día.

Sin que la mayoría de nosotros nos demos cabal cuenta, las lenguas indígenas de nuestro país están dejando de ser el medio de comunicación de sus otrora hablantes. En la segunda mitad del siglo que acaba de concluir, hemos visto desaparecer el chiapaneco cuya última hablante falleció aproximadamente en 1940, y el cuitlateco, cuyo último hablante dejó de existir cerca de 1980. La pérdida de estas lenguas es tanto más lamentable porque eran las últimas representantes de dos familias lingüísticas ahora extintas (Manrique 1990:369). En la última década del siglo XX también desaparecieron el tapachulteco, el chicomucelteco, el solteco, el naolan, el pochuteco y el ópata, entre otras (Smith 1989).

En los albores del presente siglo están en peligro otras tantas lenguas de México,<sup>2</sup> entre ellas el aguacateco, el kiliwa, cochimí, pápago, cucapá, ixil, kumiai, paipai, cakchiquel, ixcateco de Oaxaca, quiché, kicapú, seri, ocuilteco hablando en el Estado de México, quiché, kikapú de Coahuila, seri, ocuilteco, lacandón, jacalteco, kekchí, chocho, pima de Chihuahua y Sonora, matltzinca, y el olulteco de Veracruz. Quizás el caso más extremo lo constituyen las lenguas yumanas habladas en Baja California, la mayoría de las cuales tienen apenas unas decenas, o incluso menos, de hablantes.

No es un consuelo decir que en un nivel mundial el panorama no es más alentador; actualmente, se reconocen alrededor de seis mil lenguas en el mundo, de las cuales aproximadamente la mitad tiene menos de diez mil hablantes, y la cuarta parte de ellas, es decir, unas mil quinientas, cuenta con menos de diez mil. Se estima que la mayoría de los idiomas en peligro se extinguirán en la próxima centuria, es decir, antes del 2100; de ser así

---

<sup>2</sup> La CDI considera lenguas en riesgo de desaparición aquellas que registran menos de 2000 hablantes con predominio de adultos; las comunidades en las que se hablan estas lenguas muestran un patrón de asentamiento disperso y el grupo presenta un abandono de la transmisión intergeneracional, es decir, ya no se está enseñando la lengua a las nuevas generaciones.

miles de lenguas están condenadas a desaparecer sin que la mayoría de nosotros nos hayamos percatado.<sup>3</sup>

En relación con el español, las lenguas indígenas tienen la desventaja de ser minoritarias; en tanto el español es hablado por más de 350 millones de personas en todo el mundo, el náhuatl, la lengua indígena que registra el mayor número de hablantes en nuestro país, no llega al millón y medio. Actualmente los hablantes de lengua indígena representan menos del 10% de la población total del país. Las políticas lingüísticas ejercidas a lo largo de la historia de nuestro país tampoco han ayudado mucho; no fue sino hasta este siglo se les ha reconocido el estatuto de lenguas nacionales.<sup>4</sup>

#### **LA IMPORTANCIA DE PRESERVAR UNA LENGUA**

El lenguaje guarda una relación indisoluble con la sociedad y por ende con la cultura; no es una dimensión que se impone o sobrepone a lo social, es parte misma del proceso de constitución de lo social. Desde esta perspectiva, el lenguaje no es una simple herramienta para entender la cultura o la sociedad, tampoco es un simple reflejo de ellas, es a la vez interpretante y continente de la sociedad (Benveniste 1978). Podemos decir que todos los fenómenos sociales pasan por el lenguaje y se constituyen mediante él. La cosa más común que las personas hacen cuando interaccionan es crear significados mediante prácticas culturales; si bien dichas prácticas pueden ser de índole verbal o no verbal, sin duda las prácticas lingüísticas son la forma más acabada mediante las cuales los seres humanos crean significados y sustentan sistemas sociales. Desde

---

<sup>3</sup> Se sabe, dice la antropóloga sueca Birgitta Leander, que cada semana desaparece uno de los idiomas indígenas todavía existentes en el planeta (Jiménez, 2004:4a)

<sup>4</sup> La Ley General de Derechos Lingüísticos de los Pueblos Indígenas en la que se reconoce que las lenguas indígenas, al igual que el español, son lenguas nacionales y tienen, por lo tanto, la misma validez en su territorio, fue promulgada el 13 de marzo de 2003.

luego, las prácticas lingüísticas no agotan las prácticas culturales humanas, pero son claramente predominantes entre ellas (Foley 1991:24).

Mediante la lengua el hombre hace inteligibles todos los aspectos de la vida, sus valores, tradiciones y creencias. Mediante la lengua el hombre denomina, codifica, clasifica el mundo y lo hace suyo; produce, reproduce y actúa sobre él creando cultura. La lengua de un pueblo contiene y permite transmitir su particular visión del mundo, es, por tanto, la piedra de toque de la identidad social. Los seres humanos podrían ser suficientemente definidos como seres sociales aculturados mediante el lenguaje (Foley 1991:24). Frecuentemente se oye decir que cuando se pierde una lengua se pierde una forma de ver el mundo porque cada lengua es un ejemplo único e irremplazable de la variedad del lenguaje humano, por eso es tan lamentable la pérdida de un idioma. La lengua es algo más que un mero inventario de signos; en última instancia es una forma de decir y hacer cosas.

Quita la lengua de la cultura —dice Fishman— y quitas sus saludos, su manera de bendecir y maldecir, sus leyes, su literatura, sus canciones, sus adivinanzas, sus dichos y proverbios, sus remedios curativos, su sabiduría y sus oraciones. La cultura no se puede expresar en ninguna otra forma por eso cuando se habla acerca de la lengua se está hablando mucho de la cultura. Cuando se abandona una lengua, se pierden todas aquellas cosas que son esencialmente la forma de vida, la forma de pensamiento, la forma de valoración y la realidad humana de la que estas hablando (Fishman 1996:81).

Cuando conocemos una lengua diferente a la nuestra, accedemos también al conocimiento de otra manera de procesar la información. Tomemos un par de ejemplos: Como hablantes de español cuando nos referimos a una tercera persona estamos acostumbrados a diferenciar si dicha persona es un *él* o un *ella*; de esta manera decimos: *le pegué a él* (a un hombre, o a un balón), o bien, *le pegué a ella* (a una mujer o a una piedra). Pero cuando hablamos en zapoteco, lo pertinente es distinguir si

se trata de un animado o de un inanimado y entonces digo: *be' ya' a* 'le pegué a él/ella (si es algo inanimado, como una piedra, o un balón), o bien, *bi'à' bí* 'le pegué a él/ella (si es un animado, como una persona sea ésta hombre o mujer).

Por otra parte, en español hablamos del *metate* (préstamo náhuatl) y de la *mano del metate*, pero en náhuatl hablamos de *metatl* 'metate' y de *metapilli* 'el niño / el hijo del metate'. Algo que se conceptualiza como una relación de parte - todo en una lengua como el español, se conceptualiza como una relación análoga a la de parentesco en la otra, en este caso el náhuatl. Cabe advertir que ninguna forma de decir es mejor o 'más correcta' que otra, sólo son diferentes. Cuando reflexionamos en torno a este aspecto de las culturas empezamos a entender una parte de la diversidad.

### **NUESTRA RIQUEZA LINGÜÍSTICA**

Tal vez no sorprenda demasiado escuchar que de este, como de otros tantos fenómenos, sabemos muy poco, entre otras razones porque al no haber reconocido de manera suficiente nuestra rica diversidad lingüística como un patrimonio nacional, los recursos dedicados a conocer, preservar, fortalecer y difundir dicho patrimonio han resultado insuficientes. Sin embargo, algo podemos decir al respecto.

Actualmente se reconoce que, en términos aproximados, aún se hablan más de media centena de lenguas indígenas en nuestro país aunque no se sabe con exactitud cuántas y cuáles son éstas. Según el autor que se consulte, el número estimado oscila entre 60 y 100 pero hay quien habla de más de doscientas (Ethnologue, Grimes 1992). Oficialmente, las cifras reconocidas varían no sólo de una fuente a otra, sino también de una época a otra. En los años sesenta se hablaba de 54,

en los setenta se decía que eran 56 y más tarde se llegaron a reconocer 78 (Otto Shuman 2000: 99). El día de hoy, la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) habla de 62 lenguas indígenas, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) en el censo de 2000, considera 85, y el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI) reconoce 364 variantes agrupadas en 68 grupos lingüísticos. Tampoco los lingüistas se ponen de acuerdo ni en el número, ni en la clasificación genealógica de las mismas. La variación se observa no sólo de un autor a otro, sino incluso en un mismo autor en diferentes épocas. Leonardo Manrique, por ejemplo, consideraba que en México existían 51 lenguas indígenas, para 1993 reconocía 92 (Teresa Ruiz, *et al*, 2000:71).

Lejos de lo que pueda pensarse, tal diversidad de opiniones no debería sorprendernos mucho. Determinar el número de lenguas que se hablan en México no es un asunto simple, conlleva importantes complejidades teóricas y metodológicas. Si bien es evidente que las lenguas como el maya yucateco, el mixteco y el cora existen diferencias tan amplias que no cabe la menor duda de que se tratan de lenguas diferentes, no en todos los casos es tan sencillo determinar si estamos ante dos lenguas o si se trata simplemente de variedades diferentes de una misma lengua.

Para lenguas como el purépecha, hablado en el estado de Michoacán, a pesar de la variación que evidentemente existe en el área, se puede hablar de una relativa uniformidad lingüística ya que entre los hablantes se mantiene un alto grado de inteligibilidad, es decir aunque reconocen que hablan un tanto diferente, todos ellos se pueden entender sin mayor problema por lo que se puede reconocer un solo idioma. En contraste, en el caso del zapoteco, es un hecho que un hablante de la región del Istmo tiene una gran dificultad de comunicación con uno de la región de la montaña. El más conservador de los lingüistas que ha tocado el tema reconoce que en realidad cuando hablamos de los distintos zapotecos realmente tendríamos que distinguir diferentes idiomas como



cuando diferenciamos entre el italiano, el rumano y el portugués. Sin embargo, aún no se ha llegado a un consenso definitivo sobre cuántos “zapotecos” se deben reconocer; algunos investigadores hablan de 20 y otros establecen incluso 39. El Instituto Nacional Indigenista en 1997 reconocía siete variedades. Actualmente el INALI reconoce 62 variedades.

Como puede apreciarse, aún hay mucho por conocer en este aspecto. La dialectología de las lenguas indígenas de nuestro país dista mucho de estar concluida y son más las interrogantes que persisten que los datos precisos con los que contamos hasta ahora. Esta carencia de conocimiento tiene repercusiones directas en no pocas áreas de la planeación lingüística como por ejemplo al decidir en cuántas y cuáles lenguas indígenas deben elaborarse libros de texto para la educación primaria, al asignar un intérprete en un juicio en el que esté implicado un hablante de lengua indígena, o al consignar en el Registro Civil el nombre que ha de llevar un niño.

### **VIGENCIA DE LAS LENGUAS INDÍGENAS**

Una lengua vive mientras se usa, en tanto existe un grupo social para el que dicha lengua funcione como medio de comunicación cotidiana. Podemos decir que una lengua vive en tanto haya hablantes que la usen y que esta lengua muere cuando se deja de usar. Esto ocurre cuando los hablantes de una comunidad lingüística abandonan su lengua ya sea porque mueren ellos, o porque la cambian por otra; comúnmente esto sucede cuando los hablantes optan por sustituir su lengua originaria por otra que se considera cultural y económicamente superior. El desplazamiento lingüístico —como se conoce a este fenómeno— es un proceso paulatino y gradual que resulta, la mayoría de las veces, conflictivo. La lengua desplazada va cediendo espacios a favor de la lengua



desplazante; se trata de espacios sociales institucionalizados (dominios) en donde las lenguas tienen una función específica y socialmente determinante: la familia, la unidad de producción, la asamblea comunal, la fiesta, la escuela, el comercio, etc. (Coronado 1999).

Para entender la diversidad lingüística de México y poder actuar en consecuencia, debemos entender la dinámica social que caracteriza a sus hablantes; dicha dinámica se manifiesta como una constante tensión entre la persistencia de las lenguas indígenas y su desplazamiento a favor del español. Dos indicadores nos permiten acercarnos a este complejo fenómeno: el número de hablantes y el uso que éstos hacen de su lengua. El primero es fundamentalmente de índole cuantitativa, el segundo de índole más cualitativa.

Si consideramos el número de hablantes, las lenguas de México se distribuyen dentro de una amplia gama que va desde aquellas que cuentan actualmente con apenas unos cuantos hablantes, como es el caso del kiliwa (con un número estimado de 52 hablantes), el cochimí (para el que se registran 82 hablantes) o el ixil (90) en el año 2000; hasta aquellas que mantienen una población de que sobrepasa los cien mil hablantes, como es el caso del náhuatl con más de un millón (1, 325,440), o el maya para el que se registran alrededor de setecientos mil (776, 306).<sup>5</sup> Es interesante observar que las tres lenguas con mayor número de hablantes en el país: el náhuatl, el maya y el zapoteco, constituyen aproximadamente la mitad de la población que habla una lengua indígena en el país, en tanto que los treinta idiomas con menor número de hablantes suman únicamente la décima parte de la población total de hablantes de lenguas indígenas (Manrique 1990:411).

En términos generales, se observa una disminución paulatina en la proporción de hablantes de lenguas indígenas respecto a la población total del país. No obstante que en términos absolutos, el número de hablantes

---

<sup>5</sup> Cabe observar que en un contexto global, aún estas lenguas no dejan de ser minoritarias.

de alguna lengua indígena se ha incrementado, en términos relativos éste ha disminuido. Si bien al inicio de su vida independiente, la población que hablaba una lengua indígena representaba alrededor del 60% del total de habitantes en el país (Aguirre Beltrán 1986), actualmente ésta sólo constituye menos del 10% del total.

Otra tendencia global que se observa con respecto a las lenguas indígenas es el decreciente porcentaje que representa el número de hablantes monolingües (personas que hablan únicamente una lengua indígena) en relación con el número de hablantes bilingües (personas que hablan español además de la lengua indígena). En efecto, el número de hablantes bilingües va en franco acenso, en contraste con un número cada vez más reducido de hablantes monolingües; si bien en 1921 el número de monolingües constituía aproximadamente tres quintas partes del total de hablantes de lengua indígena en México, en el año 2000 los monolingües representan sólo una quinta parte del total (Díaz Couder *et al.* 2002).

En lo que atañe al uso que los hablantes hacen de las lenguas indígenas en las distintas comunidades de habla, también se observa una amplia variedad que va desde un amplio empleo de la lengua indígena en la mayoría de los espacios sociales tanto públicos como privados hasta el uso más restringido que reduce el empleo de la lengua indígena a unas cuantas interacciones casi siempre circunscritas a los ámbitos más privados del núcleo familiar. En pocas palabras, una lengua desplazada ve cómo sus ámbitos de empleo se reducen paulatinamente a favor de la lengua desplazante hasta quedar reducida al mínimo. Y cuando ya ni esto queda, cuando sus hablantes no la utilizan más, muere.

Si bien existe una tendencia general al desplazamiento de las lenguas indígenas a favor del español, éste, como todos los otros fenómenos relacionados con las lenguas originarias de México se caracteriza por un alto grado de heterogeneidad. El uso que una lengua tiene que ver con el grado de bilingüismo que muestran los hablantes (el grado de proficiencia que muestra un hablante tanto en su lengua

materna como en su segunda lengua), la forma en que dichos hablantes adquieren la lengua indígena (ya sea como primera o como segunda lengua) y las actitudes que guardan hacia ella (el hablante puede considerar la lengua indígena, asociada a la cultura tradicional, como un signo de identidad y prestigio social o de atraso y estigmatización). Considerando estos tres factores, se puede hablar, *grosso modo*, de tres tendencias en las lenguas indígenas de México: persistencia, mantenimiento o desplazamiento.

Siguiendo a Díaz-Couder (2000) podemos reconocer algunas comunidades (como las de los Altos de Chiapas y las regiones amuzga y chatina en Oaxaca) en donde la lengua indígena parece permanecer en una situación de persistencia. En este tipo de comunidades toda la población maneja con fluidez la lengua indígena, aunque el manejo del español puede variar mucho de un individuo a otro; en estas comunidades los ancianos, los niños pequeños y las mujeres adultas suelen ser monolingües. En otras comunidades como el bilingüismo es más generalizado; sin embargo, la adquisición del español no implica necesariamente un desplazamiento de la lengua indígena. En estas comunidades los niños generalmente empiezan a aprender español desde la primera infancia; se puede considerar que en dichas comunidades la lengua indígena se encuentra en una situación de mantenimiento. Por último, en las comunidades en las que la lengua indígena se encuentra en una franca situación de desplazamiento el monolingüismo en lengua indígena se reduce a los ancianos. Los adultos tienen competencia pasiva<sup>6</sup> o limitada en la lengua indígena y los niños tienden a ser monolingües en español.

---

<sup>6</sup> Es decir, pueden entender la lengua indígena que hablan sus mayores, pero ellos no pueden producirla o les cuesta mucho trabajo hacerlo.

Las diversas situaciones lingüísticas suelen coincidir con determinadas situaciones socioeconómicas y políticas. Las comunidades de persistencia lingüística frecuentemente son regiones aisladas, con menor interacción económica y política con las instancias gubernamentales lo que supone una menor injerencia de estas en los asuntos internos (Altos de Chiapas, algunas regiones de la Sierra Norte de Puebla). Las comunidades de mantenimiento lingüístico generalmente conservan una participación más activa en la economía regional y mayores vínculos comerciales, económicos educativos y legales con la sociedad nacional; en ellas la comunidad sigue teniendo un papel importante en lo que respecta al acceso a la tierra y a los recursos locales por lo que la organización tradicional sigue siendo importante. Las comunidades de desplazamiento lingüístico coinciden frecuentemente con regiones en donde la sociedad nacional tiene una amplia penetración, disminuyendo el papel de las instituciones indígenas (polos de desarrollo como pueden ser las zonas petroleras de Tabasco y Veracruz en las que habitan nahuas y popolucas, o bien los zapotecos que habitaban las zonas de influencia de Huatulco, o las comunidades mayas de Quintana Roo) (Díaz-Couder 2000). Habría que añadir a esto el creciente problema de la migración y su incidencia en el uso, o desuso de las lenguas indígenas de México (Villavicencio 2001).

Aunque se pueden apuntar tendencias generales para cada lengua, el panorama dista mucho de ser tan simple, todas las tendencias (desplazamiento, mantenimiento y persistencia) pueden, y suelen, ser observadas en diferentes comunidades hablantes de una misma lengua. El caso del purépecha es ilustrativo en este punto; en efecto, en diferentes comunidades ubicadas dentro de una misma subregión —la meseta purépecha— podemos encontrar situaciones como la que prevalece en Cherán, en dónde se observa una tendencia francamente desplazante de la lengua indígena —el purépecha— a favor del español. En tanto que en comunidades como Angáhuán podría hablarse todavía de mantenimiento y

aún en otras como San Isidro, de persistencia. Como es fácil intuirlo, también en este aspecto nuestro conocimiento del vasto y complejo mapa sociolingüístico del país es limitado.

### **A MANERA DE CONCLUSIÓN**

México es un país rico en diversidad lingüística; sin embargo poco sabemos de ella y aún menos estamos haciendo por preservarla. El conocimiento, preservación y desarrollo de nuestra diversidad lingüística es tarea de todos, sociedad, gobierno, instituciones académicas y de enseñanza, y, naturalmente, es responsabilidad, pero sobre todo derecho, de los propios hablantes ya que una lengua vive en tanto sus hablantes la usan y la transmiten a sus hijos. Todos tenemos la obligación de preservar esta riqueza para las futuras generaciones y aún hay mucho camino por andar. Asumamos, pues, cada uno de nosotros, la tarea que nos corresponde con responsabilidad y creatividad conscientes de que esta es, quizás, nuestra última oportunidad de hacerlo.

### **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

AGUIRRE BELTRÁN, GONZALO, 1983, *Las lenguas vernáculas, su uso y desuso en la enseñanza: la experiencia de México*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Ediciones de la Casa Chata, 20).

CORONADO, GABRIELA, 1999, *Porque hablar dos idiomas...es como saber más. Sistemas comunicativos bilingües ante el México Plural*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social – Secretaría de Educación Pública, CONACYT.

DÍAZ-COUDER, Ernesto, 2000, “Situación actual de las lengua amerindias”, en Instituto Nacional Indigenista, *Estado y desarrollo económico y social de los pueblos*

*indígenas de México, 1996 – 1997, tomo 1*, México, Instituto Nacional Indigenista (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, pp. 65 – 140).

DÍAZ COUDER, Ernesto, *et al.*, 2002, *Instituto Nacional de Lenguas Indígenas. Proyecto de creación*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social –Instituto Nacional Indigenista– Oficina de Representación para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.

FISHMAN, JOSHUA, 1996, “What do you lose when you lose your language?”, en Cantoni, Gina (ed.), *Stabilizing Indigenous Languages*. Center for Excellence in Education Northern Arizona Monograph Series, pp. 80 – 91.

FOLEY, WILLIAM, 1991, *Anthropological Linguistics. An Introduction*, Oxford, Cambridge, Basil Blackwell.

MANRIQUE CASTAÑEDA, LEONARDO, 1990, “Pasado y presente de las lenguas indígenas de México”, en Vileta Demonte y Beatriz Garza Cuarón (eds.), *Estudios de lingüística de España y México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México –El Colegio de México, pp. 387 – 420.

SHUMAN, OTTO, 2000, “Debilidades técnicas y científicas en la educación bilingüe”, en Instituto Nacional Indigenista, *Estado y desarrollo económico y social de los pueblos indígenas de México, 1996 – 1997, tomo 1*, México, Instituto Nacional Indigenista – Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, pp. 98 – 100.

SMITH STARK, THOMAS, 1989, “Las lenguas indomexicanas: el arte colectivo del pensamiento”, en Herón Pérez Martínez (ed.), *Lenguaje y tradición en México*, Zamora, Michoacán, México, El Colegio de Michoacán, pp. 303 – 317.

VILLAVICENCIO, FRIDA, 2001, “Lenguas migrantes”, en Álvaro Ochoa (coord.), *...y nos volvemos a encontrar*, Zamora, Michoacán, México, El Colegio de Michoacán – Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán, pp. 107–122.